

VOLVER A LOS ANDES

Francisco Gazitúa

Publicado en la revista de arquitectura de la Universidad Católica de Chile, ARQ Julio 2001

Gabriela Mistral, Tala

“Cordillera”

“Con tus siete pueblos caminas
En tus faldas acigüeñadas
Caminas la noche y el día.”

De los siete países sudamericanos que comparten la Cordillera de Los Andes, seis caminan con ella; Chile se bajó.

Escribí estas palabras bajo la sombra de los siete cerros que me rodean y que me miran trabajar hace años: Bandurrias, Coironal, Purgatorio, Los Azules, Pechuga de Tórtola, Horcón de Piedra.

Comparo mi cordillera con la de los otros países americanos en que he trabajado como escultor en tiempos prolongados.

Las montañas de Quito, la Cordillera de Urubamba en Perú, los volcanes de Costa Rica, los altiplanos de Cochabamba en Bolivia y la Sierra de Colima en Guadalajara, México.

Una fuerza oscura empuja a los chilenos hacia los valles.

La tarea que deja Gabriela Mistral en sus tres versos: subir a los Andes de nuevo, a su séptimo pueblo, es también la tarea de estas palabras, que se suma hoy a la tarea de todos ustedes en este simpósium.

Quiero hablar aquí de la desavenencia cultural entre los chilenos y la montaña, que nos lleva siempre a construir nuestras ciudades en los valles.

Santiago es el símbolo de este desentendimiento.

Esta concentración de chilenos en noventa kilómetros cuadrados del Valle de Santiago no sólo tiene como consecuencia una depresión colectiva, sino el hecho de que la cordillera se ha ido convirtiendo poco a poco en un sitio eriazo. Después de vivir muchos años en Los Andes mirando hacia Santiago desde aquí, después de haber llegado a fondo en las preguntas y sin encontrar una buena explicación, decidí juntarme con diversos profesionales de la cultura y la ciencia, poetas, músicos, muralistas, escultores, geólogos, botánicos, arquitectos y fotógrafos, el colectivo se llama Cruz del Sur.

Nuestra primera empresa fue “El paso de Los Andes” entre febrero y marzo del 2001.

Repetimos el cruce de Los Andes, una empresa que por su sola fuerza se constituye en un hito cultural. Entre San Juan, Argentina, y Putaendo, Chile, pasamos a 4.000 metros de altura entre el Mercedario y el Aconcagua.

Las imágenes que ustedes están viendo son parte de ese viaje de exploración. Agregamos al cruce un largo viaje de exploración de la Cordillera del tramo entre el Choapa y el Bío Bío a una altura promedio que va entre los 4.000 y los 2.000 metros.

Siguiendo las huellas casi perdidas del ingeniero Luis Risopatrón, que hace cien años puso los hitos de acero en los límites geográficos de la Cordillera.

Muchas de las preguntas y conclusiones de este escrito son el resultado de este viaje de reconocimiento y están motivadas por el consecuente cambio de ejes de la mente que produjo en nosotros la presencia de la montaña.

Al volver tomamos conciencia de que no se ha construido el Cahuenapu de Los Andes del Sur, ni siquiera el Quito o el Potosí. Seul es una luz que se apaga lentamente en la cordillera de Chile.

No hemos hecho la película de Los Andes y seguimos importando nuestros héroes y nuestro paisaje de Hollywood.

No se ha escrito la novela de Los Andes.

No hemos dado a conocer la montaña en una honesta iconografía contemporánea.

No se ha escrito la sinfonía de Los Andes.

Ni hemos puesto una escultura en la Cordillera.

No hay cultura para Los Andes.

No se ha hecho una sola marca cultura en Los Andes.

Esta demarcación cultural del territorio andino de Chile será una dura tarea, que hasta hoy ni los organismos de cultura del país ni la empresa privada ha estado dispuesta a financiar.

La apropiación cultural de Los Andes aparece como una tarea insólita, en este momento en que todo el “sistema de las artes” está dirigido a producir artistas para Nueva York.

Los poetas sí.

Gabriela Mistral comenzó a escribir en 1910 en el mismo momento en que Risopatrón instalaba los hitos limítrofes en la Cordillera.

Cruje por primera vez la puerta poética de Los Andes cuando ella comienza a abrirlas con su palabra, desde sus montaña de Elqui, dejándolas entornadas al final de su vida para que por le brecha entraran los grandes poetas de la materia: Neruda y Tellier.

En mi gremio, los escultores comenzamos la tarea a principios del siglo con el indudable andinismo de la generación de Samuel Román y Marta Colvin, las generaciones posteriores no hemos cejado en el empeño trabajando hasta hoy en Los Andes con sus materiales, metales y piedras, y usando la Cordillera como sujeto de contenido de nuestras esculturas.

Los Andes de Chile son el 70% del territorio del país y están vacíos.

Los Andes de Chile son un desierto abandonado a mineros de fortuna que cortan sus huellas históricas, a buscadores de energía eléctrica que meten los ríos en tubos de concreto.

No es el caso de nuestros hermanos del altiplano Perú-boliviano que siempre han vivido sabiamente en Los Andes entre los 1.000 y los 5.000 metros.

Ellos colonizaron nuestra cordillera, nos enseñaron a vivir en ella, trazaron nuestras primeras huellas y canales de regadío.

La Guerra del Pacífico, si bien amplió nuestro territorio marítimo, cortó relaciones con nuestros hermanos mayores de Los Andes.

Ha sido tan grande la desconsideración con esa cultura fundadora de Chile, que eliminamos la mayor ofrenda simbólica de los incas al valle de Santiago, trasladando el niño-momia del cerro El Plomo a un refrigerador, para exhibirlo para nuestro deshonor en el Museo de la Quinta Normal.

¿Es Chile un país andino?

El vacío cultural de Los Andes es el vacío de Chile.

Los Andes de Chile están formados por quince millones de cerros, un cerro para cada chileno.

¿Quién se hace cargo de su montaña?

Los Andes siguen solos. “Allí la soledad impregna incluso al viento, a los pastos y a la lluvia. Los árboles la sienten y entrecruzan sus ramas y se cobijan de su violencia.” (Oscar Bustamante)

La soledad de Los Andes de Chile no se siente en ninguna otra montaña del planeta, ni en Los Alpes, ni en las pequeñas Black Mountains de Gales ni en los montes líbanos. En esos cerros, nunca se está solo, cada lugar está marcado por miles de vidas que desde muy antiguo fueron dejando su presencia en signos culturales.

Este primer golpe de soledad cultural marcará la posición y el ambiente en que se moverá cualquier empeño para volver a Los Andes.

Vivir en Los Andes me ha significado en la práctica, vivir acompañado de los únicos habitantes que aperraron en los cerros. Me refiero a los arrieros, los mineros y, especialmente, a los canteros.

Desde el punto de vista cultural, todos ellos llegan a la literatura envueltos en una estética romántico-criollista, que entre más la recorro mayor se hace su incapacidad de entender el secreto de la porfiada sobrevivencia de estos hombres en la montaña. Desde esta convivencia y desde un análisis diario de las personalidades realísticas de los canteros, comencé a releer y reinterpretar la estética realista con que también trabajan Cervantes, Quevedo y Machado, y que reaparece en grande en Gabriela Mistral.

Fueron esas dos fuerzas, una práctica de trabajo y una práctica de lectura poética, que me llevaron a entender que la rehabilitación de Los Andes tenía que ver con un entendimiento del lenguaje del paisaje, paisaje hecho de piedras que porfiadamente permanecen en silencio y no hablan en un año ni en diez años ni en cuarenta años.

El vacío de Los Andes es el vacío de Chile.

A veces pienso que simplemente no existe ese vacío para la mayoría de los chilenos, que estarían de acuerdo secretamente en que Los Andes deben seguir así, ocultos tras la muralla de la precordillera detrás de la cual es mejor no saber lo que pasa.

Hemos logrado finalmente silenciar la Cordillera.

Que sin embargo sigue hablando, sigue entregándonos el agua pura de sus ríos y no sabemos cómo. Sigue entregando aire puro y, lo que es peor, sus piedras siguen hablando. Cada una de sus piedras habla.

No entender la luz de sus cristales, sus millones de años de fragua, el viaje real de las piedras a través de las galaxias, su lenta salida desde el fuego central de la tierra hasta la superficie, su pulverización y recomposición, esa es la pérdida más grande de Chile.

Doy una rápida mirada a los casilleros disponibles en el mercado de la cultura para cualquier chileno medio que suba a la Cordillera. De poco sirve la estética romántica y todos sus derivados: indigenismo, criollismo. Tampoco sirven las estéticas realistas: el realismo mágico y el socialista, el surrealismo, han sido inefectivos para descifrar el lenguaje de Los Andes.

Mucho menos ha servido el estructuralismo porque en Los Andes todo se llama con el mismo nombre, lo dijo Luis Risopatrón en su libro La : “los arrieros se esfuerzan por darle a los accidentes geográficos un nombre que sea fácil de recordar. Así, todos los ríos se llaman: Colorado, Verde, Negro, Claro, Blanquillo, Salinillas. Y entre los cajones y quebradas, Yervas Muertas, Caballo Muerto, Caballo Quebrado, Caballo Perdido, Potrerillo de los Caballos, Potrerillo Escondido”.

Sucede lo mismo en el mercado histórico cultural de la Cordillera. De los ciento ochenta kilos de libros que adquirimos como información para el estudio del cruce de Los Andes, encontramos mil lugares comunes inútiles que se repiten de historiador en historiados y sólo veinticinco páginas útiles con información

exacta de crónicas y mapas, lo mismo sucede con la incipiente información científica de botánica y geología andina.

No hay estética para la colonización de Los Andes, hay que recomponer una propia que sea capaz de descifrar el habla poética del paisaje.

Para encontrarla, me interné en las raíces de Gabriela Mistral y a través de ella descubrí el sólido tronco estético del Mediterráneo del Sur que trabaja solamente para descifrar el habla poética del paisaje. Estos maestros de la poesía de Medio Oriente hicieron ver a todo un pueblo que la tierra que habitaban, hablaba: zarzas ardientes, truenos de las montañas, manantiales que brotan de las piedras, mares que se abren y se cierran, diluvios.

Los poetas bíblicos de hace 3.200 años fueron solamente lectores del desierto, intérpretes de las montañas, y esa habla de la montaña se constituye en la ley de un pueblo y en el guía del proyecto histórico de una civilización.

Hace dos años estuve haciendo una escultura en el Líbano. Trabajé esas mismas piedras, mármoles de la tierra de Canaan, el mismo lugar de las bodas de Canaan, allí quedé convencido del poder de su poesía, que solamente se entendió con las piedras.

Ni el valle más seco del Norte Chico es tan árido como el lugar donde yo trabajé a los pies de los montes Líbano, y cualquier molle del río Elqui es más verde que cualquier cedro de sus montes bajo cuya sombra tallé esas piedras. Fue quizás esa aridez que transportaron las páginas de la Biblia, la arena fundadora de la poesía de Gabriela.

La valentía de los poetas bíblicos está en Gabriela, también el entendimiento místico del paisaje y la materia, la familiaridad casi despectiva y cotidiana con lo que está encima y debajo de la tierra, la precisión de vida o muerte en las palabras, y sobre todo la falta total de sentimentalismo en lo que se refiere a hablar con el paisaje.

“Haremos fuego en la montaña
haremos treinta fuegos brilladores”

Para hacer fuego en la montaña hay que construir un círculo de piedras y ese es un problema de arquitectos, pero entenderse con la piedra es un problema de escultores, pero entenderse con el abandono de Los Andes, ese es un problema de poetas.

Gabriela Mistral en Tala nos presenta Los Andes llenos de luz e invita a todos sus pueblos a subir:

“¡Suelde el caldo de tus metales
los pueblos rotos de tus abras...
puño de hielo, palma de fuego
a hielo y fuego purifícanos!
Alta ciudad, torres doradas
Pascual arribo de tu gente
Arca tendida de la alianza.”

En estos versos finales de “Cordillera de Los Andes”, Gabriela le propone a Chile un segundo cruce: el primero fue el de San Martín hace doscientos años con 10.600 mulas entre las dos torres más altas y más doradas de la Cordillera: el Mercedario y el Aconcagua.

“Arca tendida de la alianza”.

El arca de la alianza es un cajón que contiene dos trozos de piedra, probablemente granítica, sacado de una montaña del Medio oriente, en las cuales quedaron talladas las leyes fundamentales del género humano.

Gabriela nos muestra la Cordillera como un arca, como un cajón gigante, que guarda entre sus piedras las leyes poéticas de Chile.

No creo que hable en sentido figurado porque ella es la más realista y exacta de los poetas. Si leo bien, ella está diciendo aquí que los pueblos de Los Andes debemos subir y entrar a El Arca de Los Andes, a sus torres doradas.

Todos los chilenos debemos tener el privilegio de subir para que el “puño de hielo” y “palma de fuego” de nuestras montañas nos muestre nuestra ley de pueblo particular y bello.

Es raro encontrar en Gabriela versos de tono mayor, su poesía ha sido siempre cotidiana y minimalista.

Con Los Andes ella se agranda poco a poco, hasta empatarlos en tamaño.

Termino con Gabriela porque ella es campesina de montaña, por eso le creo, le creo porque los montañeses casi nunca levantan la voz.

Le creo porque estos pequeños versos finales de cordillera son los únicos que cuadran con algo con las siete cumbres que me rodearon mientras escribía: cerro Damas, San Ramón, Bandurrias, Coironal, Purgatorio, Los Azules, Pechuga de Tórtola, y a lo lejos el Horcón de Piedras.

“Altas ciudad, torres doradas...

Arca tendida de la alianza”.